
Instalación solemne el 29 de Julio de 1905

Con asistencia de S. E. el Presidente de la República Dr. D. José Pardo, Ministros de Estado, Magistrados, Cuerpo Diplomático y Consular y personas invitadas.

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL INSTITUTO

SEÑOR DON EUGENIO LARRABURE Y UNANUE.

Excmo. Señor:

Señores:

Nada más interesante que la evolución histórica del Perú. Dueño de tradiciones indígenas gloriosas, que se extienden desde la América Central hasta Chile, y cuya última expresión fué el Imperio de los Incas, vemos al Perú, en su inocente ignorancia, sorprenderse primero ante la presencia de los europeos y luchar débilmente con la civilización cristiana, pugnar por asimilarse poco á poco á ella, durante el régimen colonial, hasta sentirse con vigor bastante para incorporarse entre las naciones. Libre entonces de las trabas del tutelaje, emprende consigo mismo otra lucha más terrible, debida á su educación defectuosa y á los elementos heterogéneos que componían su incipiente nacionalidad: la de constituirse de un modo definitivo, en condiciones que le dieran estabilidad y progreso.

Toda esta evolución, mediante sucesos que se desarrollan con una lógica admirable, está llena de muy útiles y sabias enseñanzas.

Reunir, ante todo, los materiales de información sobre

estas tres épocas; analizarlos con recto criterio y levantar en seguida el monumento de la Historia nacional, constituye una verdadera necesidad; porque es un axioma que pueblo que no conoce bien su propia vida jamás puede darse cuenta exacta de la misión que le toca desempeñar en el movimiento humano, ni fijar con acierto el rumbo que debe conducirle á su desarrollo y engrandecimiento.

Así lo ha comprendido sin duda VE. cuando hace un nuevo esfuerzo, después de las iniciativas, más literarias que históricas, del Marqués de Castell-dos-Ríus, de la sociedad "Amigos del país", del coronel Odriozola y otros, al crear este Instituto. Sea, por consiguiente, mi primera palabra para tributarle un sincero aplauso por tan ilustrada resolución, que el Gobierno de VE. abriga seguramente el propósito de sostener é impulsar; á la vez que expresarle la profunda gratitud de los miembros del cuerpo que me honro en presidir, por la confianza que se ha dignado depositar en ellos.

En la ardua labor que vamos á acometer no estaremos solos. De treinta á cuarenta años acá, háse despertado en el mundo el amor á los estudios americanos; y numerosos sabios é instituciones siguen el camino trazado desde fines del siglo XV, por el mismo Cristóbal Colón y su íntimo amigo Pedro Mártir de Angleria, por Fray Bartolomé de las Casas y Fernández de Oviedo, por José de Acosta y Pedro Cieza de León y tantos otros que pusieron las primeras piedras de ese gran edificio. Entre los modernos, por no citar sino algunos, Robertson y Markham, Fernández Duro el sabio Pre-idente de la Sociedad Geográfica de Madrid y Jiménez de la Espada, nos muestran la ruta que debemos seguir.

España, Francia, Alemania, Inglaterra é Italia ofrecen una serie de notables escritores; y la hermana mayor de las repúblicas americanas, los Estados Unidos, nos presentan historiadores cuyos trabajos proyectan brillante luz sobre el pasado de América, como Washington Irving, Prescottt, el celebrado autor del descubrimiento y de la conquista del Perú, Bancroft con sus estudios sobre etnografía americana, y más recientemente Justin Winsor, de Harvard, cuya obra, grandiosa en su concepción, es un modelo en su género.

A la pléyade de ilustrados contribuyentes de los princi-

pales países, ha seguido una institución internacional que hace activa propaganda, se reúne periódicamente, discute las cuestiones más difíciles y contribuye á rectificar no pocos errores. Bien comprenderéis que me refiero al Congreso de Americanistas.

Reunido por vez primera el año 1874 en Nancy, ha celebrado sus sesiones cada dos años en Luxemburgo, Bruselas, Madrid, Copenhague, Turín, Berlín, Huelva, Stockolmo, México, París, (dos veces) New York y Stuttgart, (*) y ha publicado sus trabajos, inapreciables algunos, que marcan los períodos que ha recorrido dicha asamblea.

A pesar de tratarse de su propia historia y de sus propios intereses el Perú no ha asistido, con alguna excepción, á esas reuniones; mientras que México, la República Argentina, el Brasil y otros países de este continente se han hecho representar y tomado parte en los debates. Indiferencia inexplicable es ésta, que afecta nuestro amor propio nacional. Pero es una omisión fácil de remediar; porque con los títulos que poseemos, por haber sido el asiento de la cultura indígena en la América del Sur, podemos atraer al Congreso de Americanistas á nuestra capital, é invitar á sus miembros á que vengan á estudiar los orígenes de los pueblos aimará, yunga y quechua en su misma cuna.

Al incorporarnos en este movimiento universal en favor de las ciencias históricas de América, es necesario que, como el viajero obligado á recorrer un campo vasto que requiere conocimiento para llegar al fin y esfuerzo para vencer todas las dificultades del camino, nos detengamos un instante á meditar sobre la empresa que vamos á acometer, examinando los elementos de que disponemos y fijando con claridad el plan á que debe someterse nuestra marcha.

Este plan no es arbitrario. Lo imponen el estado actual de los conocimientos y la experiencia de los que nos han precedido. Principiaré por declarar que antes que la historia, propiamente dicha, está la bibliografía. Hay que rehacer la Historia del Perú, casi íntegra; y para rehacerla, necesitamos reunir, ordenar cuidadosamente y conocer sus fuentes; esto es, formar la bibliografía, que tampoco existe organiza-

(*) La próxima sesión del Congreso será en la ciudad de Quebec, Canadá.

da. Medios son estos no del agrado de los aficionados á escribir historias improvisadas; pero únicos de descubrir la verdad y de fijar las versiones históricas. Fuera de este sencillo programa no existe en la mayor parte de los casos sino la duda y la exageración, cuando no la fábula y el error.

No deben preocuparnos los medios de investigación. Los tenemos en abundancia. Si el Perú es proverbialmente rico por sus minas, sus tierras feraces y la variedad de sus climas, lo es más aún por sus monumentos arqueológicos y sus fuentes históricas. En efecto, á partir del descubrimiento, á la feliz iniciativa del Gobierno Español, que dió á sus capitanes y gobernadores instrucciones para que describiesen los nuevos países y averiguasen sus tradiciones, religión, gobierno, recursos y costumbres, agrégase la de escritores voluntarios, algunos de vasta ilustración para aquellos tiempos. Ambas iniciativas produjeron multitud de escritos que constituyen los primeros y más preciosos materiales.

Y permitidme hacer notar que en presencia de esa gran riqueza de informes, relaciones, noticias y aún cartas geográficas, se desvanece una acusación muy generalizada contra España y que siempre que he podido he juzgado honrado levantar.

No fué sólo la sed de oro lo que movió á los españoles. Vasco Núñez de Balboa, precipitándose á cruzar el istmo antes que nuevas expediciones vinieran á disputarle esa gloria; el soldado Alonso Martín y tras él Blas de Atienza, llamando á sus compañeros como testigos de ser ambos los primeros europeos que entraban en el Mar del Sur, ú Océano Pacífico; Hernando de Soto, el cumplido caballero, defendiendo indignado á Atahuallpa contra la conducta cruel de los que le alejaron para que no impidiese la ejecución; Oviedo, en busca de todos los soldados de Cajamarca que pasaban por la Isla Española, á fin de someterlos á interrogatorio y examinar con esmero las artísticas piezas del botín, para ilustrar su *Historia*; Cieza, cruzando el suelo de los Incas en todo sentido, á veces descalzo y hambriento, por acumular datos y materiales históricos sobre el Perú, sin contar al apóstol fray Bartolomé y á tantos otros, nó, no se agitaron por

la sed de oro y la codicia, sino movidos por un noble sentimiento en favor de la humanidad y de la ciencia.

Difícil era que en aquel entonces gobierno alguno europeo hubiera hecho más por conocer y describir los países descubiertos. Desde las instrucciones dadas á Cristóval Colón en 1502, á Hernán Cortés y sus capitanes; á Simón de Alcazaba para descubrir 200 leguas de Magallanes hasta Chíncha y á Sancho de Hoz para las costas é islas peruanas hasta el mismo Estrecho; al gobernador y oficiales del Perú en 1533 por la Reina doña Juana, etc., nótese, en repetidos documentos, el vivo afán de conocer la historia y la geografía. Cansado sería recordar las órdenes que se expidieron respecto de esta tierra; pero no resisto á la tentación de copiar, como simple muestra, algunos de los encargos contenidos en la cédula de 19 de Julio de 1534 á Fray Tomás de Berlanga, en sabroso castellano del siglo XVI:

“Llegado que seáis (al Perú).....vos informad..... qué poblaciones de indios hay en la dicha tierra, y qué manera tienen en su población y gobernación y policía, y qué ritos y costumbres tienen, y qué arte de casas, y cómo tratan á sus familias, y de qué viven y su manera de grangería, y si son ricos y qué manera de hacienda tienen, de sus ritos y ceremonias y creencias, y de su capacidad..... y en qué cosas se han ocupado hasta aquí y se deben ocupar adelante para vivir en policía, según su habilidad.”

Y nada digo de otras reales cédulas, como la circulada en 1577 clasificada por acápites, para la descripción de los pueblos americanos y que es un modelo en su género; ni del inmenso tesoro acumulado por clérigos y frailes, ni del de la Casa de Contratación de Sevilla, que apenas principia á ver la luz. (1)

Es claro que al interés literario y geográfico estaba unido el económico; pero extraño sería que hiciéramos un capítulo de acusación de ese amor al metal, en este tiempo de refinada cultura, en que los amigos y hasta los hermanos em-

(1) *Estudios Españoles. — Los trabajos geográficos de la Casa de Contratación*, por Manuel de la Fuente y Olea — Sevilla — Escuela tipográfica y librería salesianas — MCM.

Es una curiosísima publicación de algunos legajos de la casa, con referencias á la *Historia del Nuevo Mundo* del jesuíta Bernabé Cobo, confesor de Santa Rosa.

prenden guerras sangrientas y sin cuartel por la supremacía del comercio, ó por adueñarse de un pedazo de terreno.

Apesar de todos los datos y noticias recogidas en el Perú, la época más oscura y difícil de conocer es la anterior al descubrimiento, por carecer los indios de escritura y no emplear otros medios de trasmisión sino el oral y el *quipus*; pero éste era deficiente é inútil cuando moría el *quipucamáyoc*, encargado de hacerlo y descifrarlo, ayudado por una memoria prodigiosa que se ejercitaba de padres á hijos. Para salvar el vacío de la falta de letras, los españoles reunían á los indios más viejos, generalmente en la plaza principal del pueblo, y les hacían detenidas preguntas.

A este sistema, ocasionado á errores, debemos las noticias anteriores al siglo XVI, recogidas por los primeros cronistas. El príncipe de estos escritores es Pedro Cieza de León, y vienen en seguida nuestro gran Garcilaso de la Vega, Jerez, Zárate, Polo de Ondegardo, etc.; aparte de las inapreciables *relaciones* oficiales y privadas que sirvieron al cronista Herrera para sus *Décadas*, á don Juan Bautista Muñoz, á Fernández Navarrete y á Torres Mendoza, para sus *Colecciones*, y al último y más notable de ellos, cuyo nombre está íntimamente ligado á la bibliografía peruana, el inolvidable don Marcos Jiménez de la Espada. (*)

Estos medios de información sobre la época más interesante del Perú serían, sin embargo, muy deficientes si no viniera en su auxilio la arqueología con sus chulpas, palacios y fortalezas; sus caminos, canales, armas, tejidos, y objetos de cerámica, que á medida que se examinan ofrecen revelaciones sorprendentes. Ya el Perú no está encerrado dentro del marco estrecho del grupo de personas que acompañaron á Manco-Cápac en la fundación del Cuzco. Los indios de Chíncha se reían cuando los conquistadores españoles les hablaban de la antigüedad incaica.

Y tenían razón. Hoy un criterio claro y libre de prejui-

(*) Débese á este bibliófilo, excelente amigo del Perú y conocedor como pocos de su historia antigua, entre otras producciones, las *Cartas de Indias*, Madrid 1877.—*Tres relaciones de antigüedades peruanas*, Madrid, 1879.—*Relaciones Geográficas de Indias*, Madrid, 1881, 1883, 1897. Prólogos y anotaciones á las obras de Cieza, Madrid, 1880, etc.

cios ha abierto horizontes más amplios y su tendencia es á separar lo que antes resultaba mezclado y confuso. Si es cierto que la aparición del hombre en el Perú sigue siendo un misterio, apesar de nobles pero estériles esfuerzos por arrancar su procedencia del Asia, no sucede lo propio respecto de una serie de civilizaciones que se sucedieron en este país. Es un hecho que la navegación marítima de los peruanos alcanzó hasta las costas de Colombia y de la América Central; como no es menos evidente que dos ó tres épocas de cultura precedieron á los aimarás; que á éstos siguieron los Incas, herederos, no creadores de un estado de organización admirable; y que varias civilizaciones, sobre todo, las de Chimu, Pachaccámac, Huarco y Chíncha, se desarrollaron, si no paralelamente, con muy pocas distancias de tiempo, en las costas peruanas.

Hay motivos poderosos que vienen en apoyo de estas afirmaciones. Porque una civilización nueva no nace aislada y se impone de golpe: se desenvuelve lentamente y abarca siglos para perfeccionarse. Además, la genealogía incaica es demasiado corta para el largo período que abraza. De suerte que no solamente necesitamos separar las épocas preincaicas, sino disipar las tinieblas que envuelven los cinco siglos que duró esa dominación. Más aún: hay que poner los fundamentos de la cronología indígena, lo cual nos permitirá introducir algún orden en esos diversos períodos que se nos presentan como capas, ó estratificaciones geológicas.

Cuando se medita en estas cuestiones, se comprende que no puede ser más acertada la disposición gubernativa que crea un Museo histórico, auxiliar poderoso que completa la idea que ha presidido la formación del Instituto.

España posee, sin perjuicio de sus tesoros bibliográficos buena parte de los objetos arqueológicos llevados de aquí por sus conquistadores y magistrados; Berlín tiene más de 3,000 piezas, y entre ellas las magníficas colecciones del Doctor Macedo y de Gretzer; Francia conserva en el Trocadero, entre otras, la recogida por Wiener durante sus incursiones en el Perú y las formadas, lo mismo que Inglaterra, por sus viajeros y marinos; los Estados Unidos poseen parte de la colección Muñiz, de Squier y del doctor Uhle; Chi-

le, en fin, ha adquirido recientemente las famosas cabezas de cerámica reunidas por don Nicolás Sáenz, verdaderas joyas en su género.

Y permitidme, señores, una pregunta que no juzgaréis indiscreta: nosotros, los dueños de las inagotables fuentes que han producido esas reliquias históricas, ¿qué poseemos? La respuesta es muy sencilla: nada!

Entre tanto, si recorremos nuestras *huacas*, ó cementerios indígenas, ¡cuanta belleza en las vajillas de Recuay; qué adaptación, en los trajes, al clima y á los arenales en las de Piura; que inmensa variedad en los objetos del Chimú, cuanto gusto y maestría en las telas y las piezas metálicas de Ancón y del Cerro del Oro, en Cañete; y que originalidad é intencionado simbolismo en los *huacos* de Ica, sobre todo de Nazca! Si el Cuzco y las regiones andinas sobresalen por sus trabajos en piedra, desde el grano de maíz y la hoja de coca hasta el edificio ciclópeo, la costa no tiene rival, en el Perú ni fuera de él, por sus objetos de tierra cocida y sus tejidos de lana y algodón. Desgraciadamente, las colecciones, cuando llegan á formarse, duran poco tiempo entre nosotros, y son motivo, no de estudio, sino de especulación.

Aquí, cansados estamos de verlo, llega cualquier viajero, toma una cuadrilla de peones y se echa á desenterrar momias y objetos, sin permiso de nadie, como si estuviese en casa propia, para no dejar más que el recuerdo de su paso. Creo que ya es tiempo de poner remedio eficaz á este mal si no prohibiendo en absoluto la exportación, como sucede en países muy adelantados de Europa y América, á lo menos reglamentando y vigilando esas exploraciones, y contra cuyos efectos destructores, curioso es decirlo, protestan después en el extranjero los mismos que los han producido en el Perú. (*)

(*) En 1872, siendo director del diario "La República", inicié la formación de un museo arqueológico y reglamentar las excavaciones. ("La República" de 17 de Junio de 1872), idea á la cual se asoció un distinguido cónsul inglés. *V. Two years in Perú, with exploration of its antiquities*, by Thomas J. Hutchinson etc. etc. — London. — 1873. Vol. II pág. 279.

Pero, pocas medidas se han dictado sobre el particular, siendo la más importante un decreto del distinguido escritor don Cipriano C. Zegarra, siendo Ministro, obligando á los exploradores á entregar algunas piezas para el proyectado museo.

La mayor parte de los objetos arqueológicos corresponden á épocas muy anteriores al descubrimiento, porque en esta última las nociones científicas y las artes estaban en decadencia. Observad que la débil resistencia que los peruanos opusieron á la conquista española, á diferencia de México, debióse en gran parte á que el país ya se había gastado, como sucedió en circunstancias análogas, en Asia, Grecia Roma y todos los grandes Imperios. Era una grandeza que se eclipsaba rápidamente, si hemos de atender al testimonio de los mismos indios.

Y si al retroceso general del Perú, se agrega la guerra civil que devastaba el país, por la sucesión que se disputaban Huáscar y Atahuallpa, se explica fácilmente que un grupo de aventureros, presididos por un capitán audaz y enérgico como Pizarro, asegurase en pocos meses la dominación de tan vasto y rico imperio.

Después de la rápida campaña de la conquista y pasado el choque sangriento entre pizarristas y almagristas, por ejercer la supremacía, asistimos á uno de los espectáculos más interesantes para la filosofía de la historia: el de dos civilizaciones muy diferentes que pugnan por mezclarse y fundirse con todas sus virtudes y sus vicios. La vencida tenía que convertirse en un pálido reflejo de la vencedora, y sin embargo de conservar algunos de sus caracteres distintivos, marchar humildemente tras ella, sometiéndose á su influencia.

La época del Virreinato tuvo que ser de abnegación y de sufrimiento para los pobres naturales, á la vez que de preparación para entrar en el concierto europeo. Las supersticiones religiosas del pueblo indígena, con la intolerancia y el fanatismo de los vencedores; el absolutismo político de los Incas, frente á la administración complicada y voluntariosa de virreyes, corregidores y encomenderos; la sencillez en las costumbres de los unos, con el lujo y el boato de los otros, formaron un conjunto nuevo y heterogéneo que se prolongó hasta la época de la Independencia, y cuyos resagos duran todavía.

Más que de la metrópoli, cuyas órdenes rara vez eran acatadas, el impulso principal partía de virreyes, arzobispos é instituciones religiosas, produciéndose un desacuerdo

casi constante entre ambos poderes, tema que llena las páginas de las *memorias* gubernativas.

Tratándose de los personajes que gobernaron el Perú durante el virreynato, tan falso sería decir que fueron verdaderos tiranos como adornarlos con grandes virtudes. Así tenemos á un don Francisco de Toledo, quien, salvo cortos errores, dió una dirección saludable al país; sus sabias providencias sirvieron para introducir el orden en la administración, proteger á los indios, impulsar á la Universidad y emprender nuevas obras; gobierno organizador y laborioso del Virrey á quien Pinelo llama el Solón del Perú; pero frente á este magistrado, que no fué el único, como lo prueban la sagacidad y tino de don Francisco Gil de Taboada y la ilustración del Marqués de Castell-dos-Ríus, y de don José de Abascal, protectores de las letras, se alzan otros que, como Blasco Núñez de Vela, que premunidos por la distancia que los separaba de la Corte, fueron un obstáculo á la unión y al adelanto de los colonos, cuidándose más de allegar cuantiosos caudales que de mejorar la condición de los súbditos.

La vida de la colonia se concentró en la Capital. La Ciudad de los Reyes, con su nobleza, sus graves odores y su Cabildo, sus conventos donde las enclaustradas se contaban por millares y sus autos de fé, sus fiestas universitarias y sus magnificentes procesiones que rivalizaban con las de Sevilla, sus corridas de toros y su pueblo que denunciaba el cruzamiento de varias razas, Lima opulenta, la Perla del Pacífico, llegó á adquirir una fisonomía muy especial.

Poco á poco en algunos círculos sociales penetraron las ideas modernas de Europa; al Perú llegaron las noticias de la emancipación de los Estados Unidos del poder británico y los principios proclamados por la Revolución Francesa, hasta que los mismos hijos de españoles pensaron en obtener su libertad á pesar del fracaso de las tentativas hechas anteriormente y de las cuales fué la más importante la encabezada por Gabriel Túpac Amaru, en 1780. (*)

(*) Hé aquí las principales tentativas hechas por la Independencia, sin contar, por supuesto, los esfuerzos de Gonzalo Pizarro y otros durante la conquista, que tuvieron un caracter personal, ó de bandería.

Calatayud, [1730]; Lorenzo Farfán y Tápac Catari [1780]; Felipe Velazco Túpac Inca [1783]; José Gabriel Aguilar y José Manuel Ubalde, ahor-

Del Virreinato nos quedan las *Memorias* oficiales, las crónicas conventuales, entre las que se cuentan las de Vásquez y Rodríguez Tena, aún inéditas, las *Cartas* y trabajos de los jesuitas (**), los elogios y anales de San Marcos, la gran *Biblioteca Oriental y Occidental* y los *Apuntes* manuscritos de León Pinelo, las obras de Peralta y Barnuevo, una serie de folletos curiosos sobre recibimientos de virreyes, misiones religiosas, oraciones fúnebres, lenguas indígenas y gacetas oficiales, sin contar con los registros municipales y de notaría, que son otros tantos manantiales históricos. Viene luego el *Mercurio Peruano*, manifestación de adelanto superior, donde se encuentran los últimos destellos del período que termina y los albores del que se abre, con las señales de la influencia ejercida por La-Condamine y la expedición francesa en que tomaron parte don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa, por el barón de Humboldt, y otros sabios que visitaron el país. Allí tenemos materiales, algunos envueltos en el polvo y el olvido, sin cuyo auxilio es imposible trazar con fidelidad el interesante cuadro de la colonia.

Así se explica que el grito sagrado de libertad no partiera, en los albores del siglo XIX, de la raza indígena, sino de las clases más cultas y del seno de catedráticos y estudiantes, figurando en primera línea los de la Escuela de Medicina. La circunstancia de ser el Perú el centro de los dominios españoles tenía necesariamente que atrasar su acción, hasta obtener el auxilio de las armas de Chile, la Argentina y Colombia, que le ayudaron, en reñidos combates, á ganar su emancipación.

cados en el Cuzco el 5 de Diciembre de [1805]; don Antonio María Pardo y otros [1809]; los argentinos Anchoris y don Cecilio Tagle etc. [1810]; don Francisco A. Zela y Neira [1811]; Morales y Duárez (1812). don Mateo Pumacahua, en el Cuzco (1814); don José Gómez, don Nicolás Alcázar y don Casimiro Espejo ahorcados en la plaza mayor de Lima el día 2 de Enero de 1819.

(**) A la numerosa colección de *Cartas* publicadas, deben agregarse los manuscritos inéditos que se conservan en España y el Perú y que han sido poco consultados.

Del P. Anello Oliva (napolitano) que murió en Lima ya viejo en 1642, háse publicado aquí recientemente su *Historia del Reino de Perú*. Del P. Jacinto Barrasa, orador notable, existe un manuscrito de 1680, acerca de la *Historia de los Jesuitas*, que perteneció á Monseñor García y Sanz y regaló éste á los P. F. de la misma Compañía en Lima.

Lord Cochrane abre la campaña marítima, San Martín la terrestre y el libertador Bolívar cierra la porfiada lucha, venciendo en Junín y Ayacucho, batallas que consolidaron la independencia del continente. Época de sobresaltos, de persecuciones y fusilamientos, de generosos sacrificios; en que ancianos, mujeres y niños rivalizan por conquistarse una patria; época en que el alma entera de un pueblo vive agitada, abrigando las más grandes esperanzas y expectativas, divisando resurgir en el horizonte al Perú de las gloriosas tradiciones indígenas, pero rehecho por la civilización cristiana.

Los actos de la vida peruana, como en los tiempos remotos, después de un largo paréntesis, se revisten de un carácter continental. Además de Venezuela, en el Perú se dieron cita los pueblos que participaron de los beneficios de la antigua civilización indígena, restableciendo vínculos de fraternidad que debían ser eternos. De suerte que los acontecimientos de nuestra independencia están íntimamente ligados á la vida de Colombia y el Ecuador, de Bolivia, Chile y la República Argentina: y no es posible escribir la historia de la libertad de uno de ellos sin relacionarla con la de los otros.

Su estudio requiere una labor dilatada, para lo cual, gracias á la libertad de imprenta, abundan las fuentes de información.

Cada uno de estos países posee valiosas colecciones. Venezuela sus *Anales*, sus *Documentos para la historia del Libertador* y los trabajos de su Academia de la Historia; Colombia los *Documentos inéditos* publicados por don Antonio Cuervo y algunos libros de carácter oficial; el Ecuador nos ofrece las obras de González Suárez y de don Pedro Fermín Zevallos; Bolivia tiene los conocidos trabajos de René Moreno y de Ballivián y su *Archivo Boliviano*; Chile cuenta con diferentes publicaciones, entre las que sobresalen la *Colección de documentos para la historia de Chile* y las de don José Toribio Medina; lo mismo que la República Argentina, que contribuye con la abundante cosecha de sus biblófilos é historiadores, á cuya cabeza figuran De Anjelis, con su voluminosa colección, Trelles y el General don Bartolomé Mitre con su *Historia de Belgrano* y su muy erudita de *San Martín y de la emancipación sud-ameircana*.

En el Perú este ramo de la ciencia está por formarse. Nuestras publicaciones son desordenadas y relativamente pobres, por ausencia de método en la elección y falta de plan bien meditado. Si exceptuamos los *Documentos literarios é históricos del Perú* por el Coronel don Manuel de Odriozola, las *Memorias de los virreyes*, *El Libro Primero de Cabildos de Lima* (*) y los cinco tomos de la *Revista de Archivos y Bibliotecas Nacionales*, carecemos de colecciones impresas: y hay que buscar los documentos en obras extranjeras, en forma aislada y deficiente. Tarea es ésta no de una sola voluntad, sino del concurso de varias inteligencias y que se puede realizar, con decidida protección de las autoridades.

En medio de la variedad de papeles que corresponden á la gran epopeya hispano-americana, de tan trascendental importancia por sus resultados, nótase emperõ, entre el ruido de las armas y el entusiasmo general, ciertos temores mortificantes acerca de la marcha de estos países. El virtuoso guerrero San Martín, al despedirse del Perú, en su última proclama, recomendaba encarecidamente á sus habitantes entera confianza en los poderes constituídos, agregando "si nó, la anarquía os va á devorar," y uno de sus principales colaboradores, presintiendo, poco tiempo después, que se iba á abrir el período de las guerras civiles con todos sus horrores, se retiraba al campo, con los méritos de una vida consagrada íntegra al servicio de la patria, para confiar al papel el sentimiento que embargaba su ánimo por la suerte futura del Perú. (**) Análogos sufrimientos amargaron los últimos días de Bolívar y de otros prohombres de la época.

La tempestad que asomaba era un mal que no tenía remedio; porque correspondía á una evolución fatal. La asimilación de razas no estaba terminada; la educación colonial no podía conciliarse tan pronto con una libertad casi absoluta; y latentes estaban en la sangre indígena el carácter levantisco y los atavismos de los conquistadores. Los escándalos de los pizarristas, con su cohorte de tenientes ambiciosos, tenían lógicamente que repetirse, después de la calma

(*) 1888—París.

(**) Dr. D. Hipólito Unánuë, *Apuntes*, en la hacienda de San Juan de Aroña, Cañete.

aparente del Virreinato. Nuestros facciosos, y los ha habido de todos los colores, gritaban ¡viva la Constitución!, exactamente lo mismo que los conquistadores exclamaban, ¡viva el Rey! al rebelarse contra el orden establecido y provocar la matanza.

Ley histórica es ésta, á la cual ninguna nación puede abstraerse; y los extraños que señalan esa época como un crimen tratando á los peruanos de ingobernables, no se acuerdan de las crisis violentas, tal vez peores, porque han pasado, en circunstancias análogas, sus propios países.

Felizmente ese período, después de setenta años, parece ya cerrado, para iniciarse otro de respeto al principio de autoridad, de tolerancia y de trabajo. Como medio de facilitar la transición saludable que todos sentimos, toca á nuestros congresos dictar leyes oportunas, siguiendo el ejemplo de las naciones que nos han precedido en el camino del progreso, como los Estados Unidos y la República Argentina; esto es, atrayendo una corriente de inmigración sana y dando el más amplio desarrollo posible á la instrucción pública.

Triste es el cuadro que ofrece el Perú durante las guerras civiles. Hemos visto disolver la Legislatura, arrasar los campos de cultivo, destruir é incendiar á cañonazos las ciudades, arruinarse el Tesoro, surgir un semillero de reclamaciones diplomáticas y, gastadas las fuerzas sociales, ser impotente el país para detener la marcha triunfal del invasor.

Fuímos vencidos, es cierto, á pesar de heroicos esfuerzos, en la guerra más encarnizada que han visto las costas de Sud-América; pero no existe rubor en confesarlo, cuando vemos á un puñado de valientes, presididos por Bolognesi, negarse indignados á rendirse y resistir, en la cumbre del Morro, contra fuerzas superiores, hasta caer envueltos en la bandera nacional; y al inmortal Grau trabar combate en un débil barquichuelo, relativamente en una cáscara de nuez, contra una escuadra poderosa de blindados, hasta volar hecho pedazos á las regiones de la gloria.

Desprendiéndose de todo espíritu de parcialidad, por pequeño que sea, es preciso hacer con calma la relación crítica de todos estos acontecimientos, investigar sus verdaderas

causas, deducir sus enseñanzas, é inculcarlas en el corazón de la juventud.

Obra es ésta de verdadera importancia y para la cual existen abundantes materiales, desde la hoja volante y la correspondencia epistolar, hasta el folleto, el libro y el catálogo, constituyendo el periodismo un inmenso registro donde, como en un espejo, se refleja día á día el movimiento nacional. La bibliografía cuenta además con buenas bases, como el archivo formado por don Mariano Felipe Paz Soldán, autor de la *Historia del Perú Independiente*. “Es desconsolador, dice, que casi nadie sabe apreciar el mérito de esta clase de obras [las bibliográficas], sino los muy pocos que han emprendido una semejante”. Pero el nombre de este obrero infatigable será siempre recordado.

Permitidme pronunciar también con cariño y con profundo respeto el nombre immaculado de otro escritor, que consagró cuarenta años á levantar un monumento á la patria. El autor del *Diccionario histórico-biográfico del Perú*, sin desalentarse por la escasez de recursos y tèmeroso siempre de que quedase olvidado su trabajo por falta de editor, ha producido una de las obras más notables que existen en América y que lo cubren de gloria. (*) Del General don Manuel de Mendiburu sólo quiero recordar este consejo: “Es muy necesario no abandonar, ni descuidar siquiera, los trabajos históricos, por indiferentes que parezcan. Desdeñarlos es imponerse la misma pena para el porvenir y renunciar los muchos títulos honrosos que en las cosas más antiguas encontraron siempre las generaciones”.

Los mismos desinteresados consejos hallaréis en las obras de dos ilustres profesores que, nacidos el uno en Italia y el otro en España, debemos considerar como á peruanos, por haber venido aquí muy jóvenes, formado familia, amado mucho á esta tierra y educado á la juventud: Raimondi que escribió la historia de la Geografía del Perú y don Sebastián Lorente.

Y ninguna oportunidad mejor que la actual, cuando se

(*) El tomo I contiene un *Catálogo de las obras y los manuscritos que deben consultarse para la historia de la América latina y particularmente del Perú*.

agolpan á nuestra memoria los principales sucesos de la vida peruana y de los escritores que han contribuido á conocerla é ilustrarla, para rendir un tributo de admiración á nuestros compatriotas que han dejado una huella, más ó menos profunda, como fruto de sus investigaciones históricas. A este número pertenecen el limeño Llano Zapata, autor de las *Memorias histórico-geográficas de la América Meridional*; Santiago Távara, cuya *Historia de los Partidos*, casi olvidada en "El Comercio" de Lima, debemos reunir en un libro; Córdova y Urrutia; el sabio Doctor don José Casimiro Ulloa, á quien se debe la fundición de la Academia Nacional de Medicina: José Antonio de Lavalle, que escribió las biografías de Juan de la Torre, Olavide, de los virreyes Abascal y O'Higgins y del oidor Bravo de Lagunas: Cipriano Coronel Zegarra, el querido compañero y amigo, desaparecido tan temprano para las letras nacionales, autor de un inapreciable trabajo bibliográfico sobre Santa Rosa de Lima y de una *Historia literaria del Perú*, que se guarda inédita; Torres Saldamando; (*) nuestro colega Ricardo Palma, cuyas *Tradiciones Peruanas* deleitan á los lectores, Pablo Patrón, José Toribio Polo, González La Rosa, Manuel Marcos Salazar, los dos Prado y Ugarteche, Vargas y tantos otros, con quienes ha contraído la patria una deuda de gratitud.

Dentro del rápido bosquejo que precede se halla nuestro programa. Nuestro trabajo tiene que ser, por ahora, de preparación y de clasificación; acumulando ordenadamente los materiales, sin miras egoístas, para que los futuros historiadores, con el cabal conocimiento de los hechos, levanten el edificio. Reunir las obras antiguas, cuya rareza aumenta cada día; organizar el Archivo Nacional, enriqueciéndolo con colecciones que están dispersas y descuidadas; sacar copias de los archivos de España; formar un Museo histórico; pu-

(*) Muerto este escritor en Chile su familia obsequió á la Biblioteca Nacional de Lima una cantidad de papeletas biográficas. Entiendo que poco hay que aprovechar de ellas, pues la mayor parte sirvieron á su autor para su obra *Los antiguos jesuitas del Perú*.

blicar preciosos manuscritos inéditos (*); promover cártmenes, como los celebrados con buen éxito por el Ateneo de Lima; y encaminar, en fin, á los intelectuales por la senda de los estudios serios y de importancia—he aquí el concepto que tenemos de nuestra misión.

Señores:

Desde las civilizaciones indígenas más remotas hasta el Imperio de los Incas; así en los acontecimientos de la conquista y en una asimilación etnográfica, lenta y defectuosa, durante el Virreinato; en los combates de la Independencia y por la libertad y en el regreso inmediato de las antiguas guerras civiles—todo obedece en el Perú á leyes sucesivas que el hombre no puede alterar, por más que á veces logre modificar sus efectos.

Palpables se nos presentan las consecuencias de los resortes que han dirigido su existencia. El aislamiento y la falta de comercio le hicieron siempre retroceder, y el contacto constante con los pueblos cultos ha impulsado su marcha; la ignorancia creó ciertos vicios y arraigó graves errores, y la instrucción, iluminando su sendero, le ha dado la conciencia de sus deberes y fuerza bastante para levantar su nombre y su prestigio: la discordia interna trajo consigo una corriente de abusos, de expoliaciones y de corrupción; y el orden y la paz, la bendita paz, le han hecho siempre restablecer sus servicios administrativos y los fueros de la moral. En fin, solamente la verdad, la justicia y la tolerancia, han comunicado firmeza y progreso á sus instituciones. Lecciones elocuentes de nuestra vida son éstas, que necesitamos aprovechar.

Y no fatigaré más vuestra atención con el presente discurso, sin hacer con toda el alma votos que responden sin

(*) Para formarse una idea de la gran cantidad de manuscritos sobre la historia antigua del Perú, perdidos unos y extraviados otros, basta revisar el *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental, náutica y geográfica*, de Antonio de León Pinelo (Madrid 1723), obra de gran mérito cuyo erudito autor dá cuenta de muchos de ellos hoy completamente desconocidos. ¿No podrían encontrarse algunos haciendo un detenido registro en los archivos y bibliotecas de Europa y América? Sería un hallazgo de inapreciable valor.

duda á vuestros sentimientos y á vuestras honradas aspiraciones: que nada venga á perturbar el resurgimiento político y económico del Perú, hasta hacer de él una nación querida y próspera; porque por sus antecedentes históricos, por la inteligencia de sus hijos y los ricos elementos que posee, tiene perfecto derecho para serlo.

DISCURSO DEL SEÑOR MINISTRO DE JUSTICIA, CULTO É INSTRUCCIÓN
DOCTOR DON JORGE POLAR.

Excmo. Señor;

Señores:

Honor de los Gobiernos es que en su tiempo florezcan las ciencias y las artes. Procurando alcanzar ese honor, ha creado el Gobierno el "Instituto Histórico del Perú". En la Historia se aúnan fácilmente y florecen, el arte y la ciencia, la verdad y la belleza.

*
* *

"Maestra de la vida" llamaba Cicerón á la Historia: mas, para que en realidad lo sea, es necesario sacarla del pasado ahondando mucho en él por la ciencia, por las ciencias, casi todas indispensables hoy al estudio de la Historia, y todas ellas obligadas al mismo tiempo, á seguir el método histórico.

Y el arte, el arte de la palabra, signo supremo de cultura, es necesario también á la Historia, que nunca fué ocupación vulgar ni mediana. El que no tenga claro decir, será justamente excluído del trato de la Historia; no le dará de beber del ánfora sagrada, la musa Clío, severa y pulcra.

*
* *